

## Kropotkin y el comportamiento cooperativo: Crítica a la economía política e influencia en España

Tomás Martínez Vara

Universidad Complutense de Madrid  

José Luis Ramos Gorostiza

Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.91208>

**ES Resumen:** Smith, Darwin y sus propias observaciones como naturalista sirvieron a Kropotkin para desarrollar su teoría del apoyo mutuo como factor relevante del éxito adaptativo de las especies. Frente a la idea del propio interés como motivación económica fundamental, Kropotkin reivindicaba la importancia del comportamiento cooperativo basado en la empatía y la reciprocidad, algo que sólo recientemente ha empezado a atraer la atención de los economistas. Esta visión de la naturaleza humana fue uno de los elementos esenciales de la crítica de Kropotkin a la economía política y al llamado darwinismo social, que se analiza en el presente trabajo. Aunque el autor ruso fue seguramente el más leído por parte de los anarquistas españoles, estos no profundizaron en las implicaciones económicas de su obra ni en la idea del apoyo mutuo, dado que las cuestiones económicas fueron para ellos muy secundarias, careciendo de un pensamiento económico original y limitando generalmente sus análisis críticos al terreno ético.

**Palabras clave:** Kropotkin, apoyo mutuo, cooperación, crítica a la economía política, anarquismo español.

**Códigos JEL:** B19, B31.

## ENG Kropotkin and cooperative behavior: Critique of political economy and influence in Spain

**Abstract:** Smith, Darwin, and his own observations as a naturalist helped Kropotkin to develop his theory of mutual aid as a relevant factor in the adaptive success of species. Against the idea of self-interest as the fundamental economic motivation, Kropotkin claimed the importance of cooperative behavior based on empathy and reciprocity, something that has only recently begun to attract the attention of economists. This view of human nature was one of the essential elements of Kropotkin's critique of political economy and so-called Social Darwinism, which is discussed in this paper. Although the Russian author was certainly the most widely read by Spanish anarchists, they did not delve into the economic implications of his work or the idea of mutual aid, since economic questions were for them very secondary, lacking original economic thought and generally limiting their critical analyses to the ethical terrain.

**Keywords:** Kropotkin, mutual aid, co-operation, critique of political economy, Spanish anarchism.

**JEL Codes:** B19, B31.

## PT Kropotkin e o Comportamento Cooperativo: Crítica da Economia Política e Influência em Espanha

**Resumo:** Smith, Darwin e as suas próprias observações como naturalista ajudaram Kropotkin a desenvolver a sua teoria da ajuda mútua como um fator relevante no sucesso adaptativo das espécies. Contra a ideia do interesse próprio como motivação económica fundamental, Kropotkin defendia a importância do comportamento cooperativo baseado na empatia e na reciprocidade, algo que só recentemente começou a atrair a atenção dos economistas. Esta visão da natureza humana foi um dos elementos essenciais da crítica de Kropotkin à economia política e ao chamado darwinismo social, que é discutida neste artigo. Embora o autor russo tenha sido certamente o mais lido pelos anarquistas espanhóis, estes não se aprofundaram nas implicações económicas da sua obra nem na ideia de ajuda mútua, uma vez que as questões económicas eram para eles muito secundárias, carecendo de pensamento económico original e limitando geralmente as suas análises críticas ao terreno ético.

**Palavras-chave:** Kropotkin, ajuda mútua, cooperação, crítica da economia política, anarquismo espanhol.

**Códigos JEL:** B19, B31.

**Sumario:** 1. Introducción. 2. Las bases del “apoyo mutuo” y la reacción frente al social-darwinismo. 3. La supuesta contradicción smithiana y la crítica a la economía política. 4. La recepción de *El apoyo mutuo* entre los economistas y científicos sociales. 5. Kropotkin y las concepciones económicas del anarquismo español. 6. Conclusión. Referencias bibliográficas.

**Cómo citar:** Martínez Vara, T.; Ramos Gorostiza, J. L. (2024). Kropotkin y el comportamiento cooperativo: Crítica a la economía política e influencia en España. *Iberian Journal of the History of Economic Thought*, 11(1), 1-13. <https://dx.doi.org/10.5209/ijhe.91208>

## 1. Introducción

Paradójicamente, uno de los nombres más destacados de anarco-comunismo, el príncipe ruso Piotr Kropotkin (1842-1921), encontró en el economista escocés Adam Smith, figura central del liberalismo económico e iniciador de la economía moderna, la inspiración para su teoría del apoyo mutuo, base de su ideario. En particular, Kropotkin consideró que la *Teoría de los Sentimientos Morales* (TSM, 1759) era un escrutinio exhaustivo del comportamiento humano, y encontró en el concepto smithiano de la simpatía y en la reciprocidad las claves para su teoría. El mismo Darwin había reconocido en una obra tardía –*Descent of Man* (1871)– que en el hombre convivían tanto el interés propio como la simpatía y la tendencia a la mutua asistencia; y Kropotkin, gracias a sus investigaciones como naturalista en Siberia, se había convencido de que la cooperación –y no tanto la lucha competitiva– caracterizaba al mundo animal y era importante para explicar el éxito adaptativo de las especies.

Precisamente por todo ello, el anarquista ruso rechazó el enfoque del otro gran libro de Smith, *La Riqueza de las Naciones* (RN, 1776), por considerar que presentaba la búsqueda del propio interés como la motivación económica dominante que, canalizada a través del intercambio de mercado en un marco competitivo, acababa conduciendo a una situación beneficiosa para el conjunto de la sociedad. En línea con el llamado *Das Adam Smith Problem* planteado por los académicos alemanes de la segunda mitad del siglo XIX, Kropotkin creía que la visión de la naturaleza humana ofrecida en la RN estaba en abierta contradicción con la presentada en la TSM, y que –además– era la que se había impuesto entre los economistas de la corriente principal en forma de un *homo economicus* maximizador. Por ello, entre otras razones, el autor ruso condenó sin paliativos la economía política, negándole el carácter de ciencia y atribuyéndole los peores males morales. También fue, lógicamente, uno de los más destacados críticos del llamado darwinismo social a finales del siglo XIX.

En este trabajo se analiza precisamente en qué términos criticó Kropotkin el social-darwinismo y la economía política, tomando como punto de partida el principio del apoyo mutuo que había desarrollado por influencia de la TSM de Smith. También se muestra que la insistencia del autor ruso en la importancia del comportamiento cooperativo y la reciprocidad de los vínculos sociales no tuvo prácticamente eco entre los economistas; de hecho, el análisis de las posibilidades de una acción colectiva cooperativa basada en una concepción menos restrictiva de la motivación humana, sólo ha empezado a despertar

cierto interés desde comienzos del presente siglo en el ámbito de la economía experimental y del comportamiento. Finalmente, se alude al sorprendente hecho de que, siendo Kropotkin el autor más leído por parte de los anarquistas españoles, estos no profundizaran –siquiera mínimamente– en las implicaciones económicas de la idea del apoyo mutuo, dado que las cuestiones económicas fueron para ellos muy secundarias y carecieron de originalidad al tratarlas, limitando generalmente sus análisis al terreno ético.

## 2. Las bases del “apoyo mutuo” y la reacción frente al social-darwinismo

En un texto divulgativo, Richard Gunn (2017) se pregunta si las categorías de la TSM del economista y filósofo Adam Smith nos ayudan a clarificar el tipo de sociedad que Piotr Kropotkin, como anarquista, tenía en mente. Y su respuesta, sorprendentemente, es que sí. Gunn se refiere en particular al concepto de simpatía (la capacidad para ponerse en el lugar del otro y hacer que sus problemas adquieran importancia para nosotros), al que caracteriza como una especie de “conversación” entre uno mismo y los demás. Entiende que es precisamente en dicho concepto donde reside el mayor vínculo entre la TSM y el pensamiento anarquista.

No obstante, la conexión de Kropotkin y Darwin con la TSM de Smith ya había sido reiteradamente destacada con anterioridad, entre otros por el biólogo evolucionista e historiador de la ciencia norteamericano Lee A. Dugatkin. El título de su artículo “Strange Bedfellows: A Russian Prince, a Scottish Economist, and the Role of Empathy in Early Theories for the Evolution of Cooperation” (2013), no puede ser más expresivo a este respecto<sup>1</sup>. Según Dugatkin, la lectura de la TSM como escrutinio exhaustivo del comportamiento humano proporcionó a Kropotkin el fundamento que necesitaba para elaborar la pieza central de su pensamiento: la teoría del apoyo mutuo basado en la reciprocidad. Smith había argumentado que la simpatía era la clave de la bondad, y que los humanos se brindaban ayuda unos a otros porque mentalmente eran capaces de ponerse en el lugar de aquellos que la necesitaban, minimizando así su propio dolor indirecto. Sin embargo, el filósofo escocés había restringido la discusión sobre la simpatía y la mutua asistencia a la conducta de los humanos,

<sup>1</sup> Johnson (2019: 202-259), en una magnífica tesis doctoral presentada en Columbia, también analiza las conexiones de la TSM de Smith con Darwin y Kropotkin. Para Darwin, el “sentido moral” tendría sus fundamentos en el placer que un animal experimenta por estar en su comunidad social y en su identificación simpática con el estado interno de los demás.

lo que llevó a Kropotkin (2017[1891]: 48), en el folleto *La moral anarquista*, a formular su único reproche al libro de Smith: “no haber comprendido que este sentimiento de simpatía, convertido en hábito, existe entre los animales al igual que en el hombre”.

Curiosamente, Kropotkin encontró en la *TSM* la clave que estaba buscando para defender la tesis de que todas las formas de vida dependían de la ayuda y del apoyo mutuo (Dugatkin, 2013: 408-410). De hecho, el naturalista y geógrafo ruso vio confirmadas en esta obra varias cosas: a) lo que él mismo había observado en su “viaje humboldtiano” a la hostil Siberia a comienzos de la década de 1860; b) lo que había leído en *Descent of Man* (1871), el tardío libro de Darwin donde el científico británico enfatizaba tanto la simpatía y el apoyo mutuo como el interés propio<sup>2</sup>; y c) lo que acababa de leer del zoólogo de San Petersburgo Karl F. Kessler durante una larga estancia carcelaria en Lyon y Clairvaux (1883-1886), acusado de pertenecer a la por entonces extinta Internacional<sup>3</sup>. Todo ello reforzaba, además, los principios de la militancia libertaria que profesaba desde su viaje a Suiza en 1872 y sus contactos con la Internacional a comienzos de los setenta<sup>4</sup>. Kropotkin empezó entonces a pergeñar –a principios de la década de 1880– el entramado conceptual de la ayuda mutua basada en la reciprocidad y la empatía, cuyo objetivo primordial era –en palabras de Girón (2009: 16)– fundamentar una ética evolucionista “que diese solidez al edificio libertario”<sup>5</sup>.

Poco después, en febrero de 1888, en un contexto depresivo (crisis económica, cuestión de Irlanda, agitación social, etc.), el naturalista Thomas H. Huxley,

que pasaba por ser el principal representante de la ortodoxia darwinista, publicó en la prestigiosa revista *The Nineteenth Century* su provocativo artículo “The struggle for existence: a program”<sup>6</sup>. Kropotkin vio en ese trabajo una exageración unilateral, y por tanto equivocada, del darwinismo y de su visión sobre la lucha por la vida, una exposición de todas las ideas sociales contra las que siempre había combatido y que muchos interpretaron como el primer manifiesto del llamado “darwinismo social”<sup>7</sup>.

Para refutar a Huxley, pero no sólo al biólogo británico, Kropotkin comenzó a publicar una serie de artículos que fueron apareciendo en la misma revista –*The Nineteenth Century*– entre 1890 y 1896, y que más tarde, ampliados, reuniría en su obra más famosa y clásica, *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución*, publicada en Londres en 1902<sup>8</sup>. Para Kropotkin, los discípulos de Darwin habían empobrecido su teoría, en particular en lo referente a la concepción de la lucha por la existencia, al circunscribirla “a su sentido más restringido”. Habían situado la lucha despiadada por las ventajas personales a la altura de un principio biológico, al que el hombre debía someterse so pena de sucumbir en un mundo fundado sobre el exterminio mutuo<sup>9</sup>. Frente a ello, Kropotkin se situaba a medio camino entre Huxley y Rousseau, “que en la Naturaleza sólo veía paz y armonía, destruidos por el advenimiento del hombre”<sup>10</sup>. De hecho, en el mundo de los seres vivos sí existía un verdadero combate por la existencia. En su particular interpretación de Darwin –según Girón (2009)– Kropotkin distinguió dos clases de lucha: la directa y la indirecta.

Respecto a la primera, el ruso no cuestionaba que existiera cierto grado de competencia en el seno de cada especie, pero no le otorgaba la importancia que le daban los “darwinistas” o el propio Darwin (Kropotkin, 2016[1902]: 33-34). Calificaba las leyes de población malthusianas como falsas e inhumanas, y afirmaba que era difícil que se desencadenara una verdadera lucha por la alimentación porque –por un lado– existían obstáculos naturales que frenaban el crecimiento poblacional, y –por otro– siempre cabía la posibilidad de la emigración, relajando la tensión.

Más importante era para Kropotkin la segunda, la “lucha indirecta”. Se trataba de una lucha (colectiva) contra todas las circunstancias adversas a la especie cuya mejor arma era la asociación, el apoyo mutuo y

<sup>2</sup> El acento de Darwin en la simpatía recuerda, por supuesto, a la *TSM* de Adam Smith (Hodgson, 2014: 89). El propio Kropotkin consideró a Darwin y Smith como los dos grandes valedores de la importancia de la acción colectiva y la ayuda mutua (Laurent y Cockfield, 2007: 145-146).

<sup>3</sup> Kropotkin encontró por primera vez el concepto de “ayuda mutua” en un artículo de Kessler publicado en 1880 por la Sociedad Naturalista de San Petersburgo (Laughlin, 2016: 164). Su lectura le resultó decisiva para la formalización de sus propias ideas sobre el apoyo mutuo (Girón, 2009: 11). Kropotkin (1911[1901]: 69) reconoció de forma explícita su deuda con Kessler (“me resultó fácil [...] dar pruebas confirmatorias de la notable idea de Kessler”), y –en general– con todo el darwinismo ruso, “un darwinismo sin Malthus” que tendía a subrayar el carácter capital de la sociabilidad en la lucha por la existencia (Todes, 1987). En este sentido, lo que hizo Kropotkin fue desarrollar una línea de investigación ya existente con una lógica simple, directa y bastante convincente (Gould, 1988).

<sup>4</sup> Por algún tiempo, Kropotkin militó en el ilegal Círculo Tchaikovsky, formado sobre todo por jóvenes pudientes convertidos en intelectuales críticos. Una sus actividades fue la edición en ruso de libros de autores extranjeros importantes (Marx, Darwin, Mill, etc.)

<sup>5</sup> No se deben olvidar otras influencias que recibió Kropotkin para desarrollar su concepto de “ayuda mutua”, como la del francés Jean M. Guyau y su filosofía vitalista, o la de Émile Gautier a través de su panfleto *Le Darwinisme Social* (1879) (Knowles, 2004: 224-225). Gautier, como Kropotkin, fue también arrestado por los disturbios que asolaron Lyon en 1882; consideraba que los principios darwinianos aplicados a la sociedad humana significaban cooperación social en lugar de competencia brutal, y utilizó el término “darwinismo social” –al parecer por primera vez– para criticar a quienes se valían de Darwin para apoyar la competencia capitalista y el *laissez faire* (Hodgson, 2004: 433-434). Tampoco habría que olvidar al círculo de conocidos y amigos de Kropotkin, entre los que figuraban, por ejemplo, William Morris o George Bernard Shaw.

<sup>6</sup> Huxley mantenía que la existencia humana estaba amenazada de forma permanente por la persistencia de instintos agresivos y por la inevitabilidad de las leyes de población malthusianas.

<sup>7</sup> Girón (2009: 14).

<sup>8</sup> Sobre el contexto intelectual en el que surgieron *El apoyo mutuo* y *La conquista del pan*, véase la primera parte del trabajo de Cobos Arteaga (2015).

<sup>9</sup> Girón (2009: 17-18).

<sup>10</sup> No es *el amor ni la simpatía* [cursiva en el original] lo que induce a animales y humanos a actuar solidariamente, sino un *sentimiento* infinitamente más amplio, “un *instinto de sociabilidad*” desarrollado en el transcurso de una evolución extremadamente prolongada, y que les ha enseñado, a unos y otros, “la fuerza que pueden obtener a través de la práctica de la ayuda y el apoyo mutuos, y del placer que se puede hallar en la vida social” (Kropotkin, 2016[1902]: 20-22). Véase también su panfleto “Are We Good Enough?” (1888) publicado en *Freedom*, así como los comentarios al respecto de (Kinna, 1995: 282), Cappelletti (1978: 55) y Hartley (1995: 146-147). También Dupuis-Dèri (2012: 43), de donde procede la mención de Hartley.

la solidaridad, rasgos todos ellos mucho más exitosos para la supervivencia y la evolución progresiva del hombre que el comportamiento egoísta. Mientras que la competencia entre individuos de la misma especie no llevaba sino a la extenuación, la práctica del apoyo mutuo promovía el bienestar colectivo y el desarrollo de las facultades más elevadas (inteligencia y conciencia moral) (Girón, 2009: 15). Esto era, según Kropotkin, una verdad científica fuera de toda duda: las especies que practicaban el apoyo mutuo progresaban; en cambio, aquellas que no lo hacían y competían entre sí estaban condenadas a desaparecer. Todo ello trató de ilustrarlo, con datos fehacientes, en *El apoyo mutuo* (1902), intentando demostrar científicamente que la visión de Huxley no venía refrendada ni por la naturaleza ni por la historia.

### 3. La supuesta contradicción smithiana y la crítica a la economía política

Kropotkin consideraba que Smith había admitido que los seres humanos tenían tanto instintos egoístas como de cooperación (simpatía). Sin embargo, en *La Riqueza de las Naciones*, base de la economía moderna, el escocés había transmitido la idea de que la motivación humana relevante desde el punto de vista económico era la búsqueda del propio interés y de la mejora de la propia condición. Dicha motivación se canalizaba a través del sistema de intercambios de mercado, dando lugar a una mejora de la situación del conjunto: cada cual, buscando su propio interés, era guiado por una especie de “mano invisible” de forma que, sin pretenderlo, acababa contribuyendo al bienestar general.

El peso del propio interés en la *RN* hizo que Kropotkin (2017[1891]: 47-48) tildara la obra, con cierto desdén, de “senil”<sup>11</sup>. En línea con los académicos alemanes de la segunda mitad del siglo XIX, veía una evidente contradicción con la concepción de la naturaleza humana ofrecida en su admirada *TSM* (*Das Adam Smith Problem*). Además, consideraba que la visión contenida en la *RN* –que puso las bases de un *homo economicus* egoísta y maximizador– se había acabado imponiendo por completo a la de la *TSM*, más compleja y humana, donde la simpatía era la emoción central que motivaba el comportamiento hacia los demás (Gintis *et al.*, 2004: 3-4). Actualmente, sin embargo, los historiadores del pensamiento económico coinciden en que no existe contradicción alguna entre los dos grandes libros de Smith<sup>12</sup>.

Kropotkin se mostraba muy crítico con la economía política precisamente por haberse construido sobre una visión muy restrictiva y ahistórica de la naturaleza humana: “No hay un solo principio de la economía política que no cambie totalmente de aspecto si se ve desde nuestro punto de vista [anarcocomunista]”, escribió en *La conquista del pan*<sup>13</sup>. El activista ruso se refería sin duda a la economía clásica de Smith y Ricardo, pero también quizá al nuevo enfoque representado por los *Principios de Economía* (1890) de Alfred Marshall, que Kropotkin, exiliado en Londres y con grandes inquietudes en el ámbito socioeconómico, probablemente conocía. En particular, condenaba tres principios fundamentales: el interés propio entendido como “el único móvil capaz de empujar a los hombres a aumentar su fuerza de producción”<sup>14</sup>, y la pugna competitiva concebida como una tendencia innata de los seres humanos; la idea de la escasez de recursos para atender las necesidades básicas de la población<sup>15</sup>; y la especialización funcional como deseable palanca de la riqueza.

Kropotkin negaba a tales principios cualquier atisbo de científicidad, pues en su opinión no eran leyes universales ni naturales. Así, en *La ciencia moderna y el anarquismo* señalaba: “las llamadas leyes de la ciencia social burguesa [cursiva en el original], incluso de la actual economía política, no son, en absoluto, tales leyes, sino [sólo] simples supuestos o afirmaciones” hechas por los economistas académicos, sin que nadie hasta ese momento hubiera tratado de verificarlas científicamente<sup>16</sup>. Hasta entonces

entiende que el concepto “genuinamente smithiano” de libertad se rebelaba tanto contra los restos absolutistas del feudalismo, como contra “las concentraciones de poder políticas y económicas que la misma economía de las relaciones comerciales tiende a producir continuamente”. Es decir, frente a una concepción idealizada del mercado, estaría una visión del mercado como “orden institucional complejo que se ha desarrollado gradualmente en un amplio espacio de tiempo”, con notables méritos pero lejos de ser perfecto, “y que de todos modos es lo mejor –o lo menos malo– que nos ha sucedido hasta ahora”.

<sup>13</sup> Kropotkin (2005[1892]: 180). Referencias similares son frecuentes en otros textos kropotkinianos. La redacción de *La conquista del pan* coincidió en el tiempo con la de los primeros artículos que acabarían dando lugar a *El apoyo mutuo*. De ahí que en ambas obras proliferen las invocaciones a la solidaridad, la generosidad y el altruismo.

<sup>14</sup> “Se ha reprochado frecuentemente a la economía política basar todas sus deducciones en el principio, ciertamente falso, de que el único móvil capaz de empujar al hombre a aumentar su fuerza de producción es el interés personal, estrechamente comprendido” (Kropotkin, 2005 [1892]: 199).

<sup>15</sup> Es absolutamente falsa “la admisión tácita, común a casi todos los economistas, de que, si bien frecuentemente existe superproducción en ciertas ramas, una sociedad, no obstante, no tendrá nunca suficientes productos para satisfacer las necesidades de todos, y que, por lo tanto, no llegará nunca un momento en el que ninguna persona sea obligada a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Esta admisión tácita se encuentra en la base de todas las teorías, de todas las pretendidas «leyes» enseñadas por los economistas” (Kropotkin, 2005[1892]:199).

<sup>16</sup> Kropotkin (1911[1901]:84). Páginas después (pp.134-138), ejemplificaba esta afirmación con la teoría del valor-trabajo que Marx había derivado de Ricardo. Dicha teoría consideraba que, “en un mercado absolutamente libre, el valor de un bien o servicio se [medía] por la cantidad de trabajo socialmente necesaria para producirlo. Pero, admitir que las dos cantidades [eran] *proporcionales* [cursiva en el original], que la una [era] medida de la otra y que ello [era] traducción de una ley económica, equival[ía] a caer en tremendo error”. Además, por otro lado, era una supuesta ley que “no

<sup>11</sup> No sabemos cuándo leyó exactamente Kropotkin la *Riqueza*. Desde luego no fue durante sus años de formación en la escuela militar de San Petersburgo (1858-59), donde sólo se impartían algunos principios esenciales de economía política. Decía Kropotkin (1899: 78, 79 y 92) que en aquellos años existía en Rusia un cierto furor por las cuestiones económicas, pero que él no participó entonces de dicho interés. Debó ser a partir de su exilio en Inglaterra –desde 1886– cuando conoció la obra.

<sup>12</sup> Por ejemplo, Rodríguez Braun (1997: 22), especialista en Smith y traductor al castellano de ambos libros, considera que la *RN* no sólo está en línea con las ideas morales del economista escocés, “sino [que, además,] puede verse como un trabajo de moral aplicada”. Véase también Rodríguez Braun (2008: 241-242). Sin embargo, si hay hoy diferencias en la forma de interpretar las ideas de libertad económica y mercado en la *RN*: por ejemplo, frente a una visión “geométrica” de la mano invisible, Roncaglia (2011: 18-19)

–añadía Kropotkin (1911[1901]: 138-141)– “los economistas académicos” habían destacado siempre lo que sucedía “bajo condiciones dadas, pero sin enumerar y analizar las condiciones mismas”. No obstante, en sus enseñanzas había algo aún peor, presentar “*los hechos resultantes de tales condiciones como leyes, leyes fatales e inmutables*” [cursiva en el original]. A eso era a lo que –denunciaba– llamaban “*ciencia*”. Kropotkin tampoco exoneró de responsabilidad a “los economistas y políticos socialistas”: era cierto que habían criticado algunas de las conclusiones de los economistas académicos y habían explicado de un modo diferente algunas cosas, pero se habían olvidado, empero, de “las condiciones precisamente citadas”, concediendo primacía en los hechos a la estabilidad “*a fin de presentarlos como leyes naturales*” [cursiva en el original].

Según Kropotkin, para que la economía política llegase a ser una verdadera ciencia debía tomar otro rumbo: partir de otros principios, cambiar radicalmente los contenidos y fines, y seguir los procedimientos inductivos de las ciencias naturales.

A la idea de considerar el propio interés como la motivación económica prevalente en los individuos, Kropotkin contrapuso la propensión humana innata a la cooperación, al apoyo mutuo y al altruismo, mucho más fructífera para la supervivencia de los seres humanos que un comportamiento egoísta. Kropotkin equiparó además el papel de la economía política en las sociedades humanas al de la fisiología en el mundo zoológico y animal. Su objetivo fundamental era definir, primero, las necesidades de la humanidad, y luego estudiar y proponer los “medios económicos” para satisfacerlas, comenzando por las necesidades básicas (alimentación, vestido y cobijo), y –una vez cubiertas estas– atender a las de otro tipo, que el ruso identificaba como necesidades no materiales fruto de la sociabilidad (como las afectivas, culturales, científicas o de atención a las personas vulnerables)<sup>17</sup>.

Sólo esta “fisiología social” (o “fisiología de las necesidades”) podía reclamar el título de “ciencia económica y lograr el bienestar de todos”, aunque fueran muy pocos los economistas que así lo hubieran reconocido<sup>18</sup>. Dicho de otro modo, mientras que los clásicos y Marx se habían centrado ante todo en el fenómeno de la producción y sus factores determinantes, Kropotkin reclamaba empezar definiendo bien las necesidades a satisfacer, y, solo después, pasar a analizar los medios disponibles para satisfacerlas:

“Se dirá, tal vez, que esto es lógico: que antes de satisfacer necesidades es preciso crear aquello que pueda satisfacerlas; que es necesario producir para consumir. Pero antes de producir, sea lo que fuere, ¿no es preciso sentir su necesidad? ¿No es la necesidad quien

desde el principio impulsó al hombre a cazar, a criar ganado, a cultivar el suelo, a fabricar utensilios y, más tarde aún, a inventar y construir máquinas? ¿No es asimismo el estudio de las necesidades lo que debiera regir a la producción? Sería por lo menos también lógico comenzar por ahí para ver después cómo hay que actuar para satisfacer esas necesidades por medio de la producción” (Kropotkin, 2005[1892]: 177).

Es decir, para Kropotkin (1970[1896]: 122) la concepción de la economía política se desplazaba de la riqueza agregada de las naciones a la satisfacción de las necesidades concretas de los individuos. Hasta entonces, la economía se había ocupado de cuestiones tales como la organización de la manufactura, los impuestos, la acumulación de capital o el volumen de comercio externo, pero nada de esto interesaba al que carecía de pan, símbolo retórico de las necesidades básicas<sup>19</sup>.

En relación con la satisfacción de estas necesidades básicas, Kropotkin no admitía la escasez esencial de recursos, esto es, la idea de una oferta limitada e insuficiente que, de algún modo, Malthus –“el pontífice de la ciencia burguesa” o “pseudociencia”– había puesto en primer plano<sup>20</sup>. Este economista inglés, en su opinión, había tenido una pésima influencia en el pensamiento económico, al haber ofrecido argumentos supuestamente “científicos” a los más ricos para justificar la situación de pobreza general, que aún seguían impregnando la economía<sup>21</sup>:

“La ciencia, hasta el presente, permanece imbuida de esa doctrina: la economía política continúa basando sus razonamientos sobre una tácita admisión de la imposibilidad de aumentar rápidamente las fuerzas productoras de las naciones, y poder dar así satisfacción a todas las necesidades. Esa suposición permanece indiscutible en el fondo de todo lo que la economía política, clásica o socialista, tiene que decir sobre valor de cambio, salarios, venta de la fuerza de trabajo, renta, cambio y consumo: ella nunca se eleva sobre la hipótesis de *un suministro limitado e insuficiente de lo necesario a la vida* [cursiva en el original]; la tiene por segura, y todas las teorías relacionadas con la economía política retienen el mismo principio erróneo” (Kropotkin, 1900? [1899]: 102).

se cuida[ba] de *verificar* [cursiva en el original] por medio de mediciones, cuya necesidad es indudable [...]. Continu[aba] repitiendo la afirmación de Ricardo, y en paz”.

<sup>17</sup> Kropotkin (2005[1892]: 62, 178; 1911[1901]: 140-141).

<sup>18</sup> Prólogo a *Campes, fábricas y talleres*, Kropotkin (1900? [1899]: 2). Desde la década de 1980, la cuestión de las necesidades (o capacidades) básicas empezó a despertar creciente atención entre los científicos sociales: véanse, por ejemplo, trabajos como los de Streefen (1986), Doyal y Gough (1994), Sen (2000) o Nussbaum (2007).

<sup>19</sup> Cuando se hubiera implantado el comunismo libertario y se hubieran satisfecho las necesidades básicas, desaparecería de raíz la posibilidad misma del beneficio y explotación capitalista, pues, al no haber miseria, el individuo jamás aceptaría malvender sus capacidades de trabajo. Por tanto, “la miseria era, en realidad, el auténtico concepto fundador de toda la teoría económica de Kropotkin” (Oyón, 2014: 109).

<sup>20</sup> Eso era lo que, según Knowles (2004: 235), distanciaba a Kropotkin de otras corrientes o visiones económicas coetáneas. Al negar la escasez, el ruso negaba la idea misma de economía que había surgido con el marginalismo (y que luego Robbins definiría como la asignación óptima de recursos escasos entre fines alternativos). Para el autor ruso, dado el estado de los conocimientos científicos de la época, había suficiente para cubrir las necesidades básicas de todos.

<sup>21</sup> Kropotkin (2005[1892]: 144) se mostraba mordaz con el axioma de que “la amenaza del hambre sería el mejor estimulante del hombre para el trabajo productivo”, que –en su opinión– había defendido la escuela clásica.

A la idea de la escasez oponía Kropotkin la tesis de la abundancia, que presuponía una plétora de recursos –naturales y elaborados– gracias a los avances de la tecnología y la mejora de la productividad. En este sentido, se traslucía su fe en la ciencia y en la bondad del progreso científico<sup>22</sup>. La generación de medios de subsistencia y bienestar –afirmaba en “Las bases científicas de la anarquía” (Kropotkin, 1887)– iba a una velocidad muy superior al incremento de la población. Y volvía a rebatir a Malthus en *La conquista del pan*: “el hombre acrecienta su fuerza productiva con mucha más rapidez de lo que él mismo se multiplica” (Kropotkin, 2005[1892]: 31). Por lo tanto, bien repartidos los recursos disponibles eran más que suficientes para satisfacer las necesidades básicas de la totalidad de la humanidad, siendo la maldición malthusiana una completa “falacia”.

En *Campos, fábricas y talleres*, Kropotkin (1900? [1899]: 102) empleó estadísticas (“procedimientos científicos”) para refutar aún con mayor contundencia la idea de escasez, mostrando con datos seleccionados que existían sobrados recursos. El problema no residía en la producción, como habían sostenido los economistas clásicos y Marx, sino en la distribución, que debía realizarse –según Kropotkin 2005[1892]: 42, 46)– desde las necesidades de los individuos (comunismo libertario), y no en función del esfuerzo y contribución realizados (socialismo colectivista):

“Una nueva forma de posesión requiere una nueva forma de retribución. Una nueva forma de producción no podría mantener antiguas formas de consumo, como tampoco podría amoldarse a formas antiguas de organización política [...] Sostenemos, no sólo que es deseable el comunismo, sino que hasta las actuales sociedades, fundadas en el individualismo, se ven obligadas de continuo a caminar hacia él [...] Pero nuestro comunismo no es el de los falansterianos ni el de los teóricos autoritarios alemanes, sino el comunismo anarquista, el comunismo sin gobierno, el de los hombres libres. Ésta es la síntesis de los dos fines perseguidos por la humanidad a través de los siglos: la libertad económica y la libertad política”<sup>23</sup>.

En el entramado teórico smithiano de la *RN*, la división del trabajo era la palanca de la riqueza a todos los niveles. Kropotkin, sin embargo, rechazaba la especialización de los individuos y los territorios, pues consideraba que era fuente de deshumanización en el primer caso, y de explotación, desequilibrios y desigualdad en el segundo. Aunque declarase en

*La conquista del pan* que no pretendía “suprimir todos los intercambios” (Kropotkin, 2005[1892]: 202), la realidad era que los restringía sólo a los estrictamente necesarios. En buena medida cuestionaba el comercio en general y el comercio internacional en particular (pues se basaba en la especialización territorial según las ventajas comparativas, sin atender a cuáles eran las necesidades básicas). Frente a la división del trabajo, Kropotkin apostaba por la integración. Era preciso que en “cada individuo y dentro de cada agregado humano –dentro de cada país, de cada región, ciudad o pueblo– no [hubiera] especialización sino combinación de la actividad agrícola con la industrial, es decir, integración del campo y la ciudad: industria y agricultura [eran] dos formas de actividad humana interdependientes que [podían] reforzarse”<sup>24</sup>.

Kropotkin era de la opinión de que, con un sistema alternativo basado en la socialización de la propiedad<sup>25</sup>, la descentralización, el trabajo no alienante bien remunerado (integrador de actividades manuales e intelectuales), y la libre cooperación<sup>26</sup>, no sólo aumentaría la producción, sino que incluso sería posible disminuir las jornadas laborales y reducir la duración de la vida laboral.

Negó asimismo que la competencia fuera un principio inherente a la naturaleza humana en el ámbito de la economía política, como tampoco era la regla –sino la excepción– en el ámbito biológico, donde predominaba más bien la colaboración y la ayuda mutua<sup>27</sup>. Sin estas últimas la sociedad perecería, alertaba Kropotkin (2017[1891]: 52) en *La moral anarquista*. Más tarde, en *El apoyo mutuo* (1902), en un esfuerzo científico que combinaba observación, teorización y comprobación, describió diversas y exitosas experiencias históricas de solidaridad humana y gestión cooperativa para resolver problemas en común (muchas de ellas basadas en sus propias observaciones personales como naturalista

<sup>22</sup> En el anarquismo fue común la fe en el progreso técnico, “más fuerte que cualquier otra consideración” (Álvarez Junco, 1976: 179). Para Kropotkin, los avances técnicos existentes eran fruto del esfuerzo de generaciones; por tanto, debían ser, como la tierra, propiedad común. Su uso racional permitiría satisfacer las aspiraciones colectivas y, además, liberar buena parte del trabajo, pudiéndose dedicar este a otro tipo de actividades.

<sup>23</sup> Si hemos de creer a McKay (2012: 78), a mediados de la década de 1870 la mayoría de los anarquistas habían adoptado ya la idea de distribución según las necesidades. Lo que hizo Kropotkin fue precisar de forma convincente, en varias de sus obras, las razones del cambio hacia un comunismo libertario.

<sup>24</sup> Oyón (2014: 112). En *La conquista del pan* y, sobre todo, en *Campos, fábricas, talleres*, Kropotkin defendió en diversas ocasiones la idea de la máxima autosuficiencia regional posible sobre la base de la integración del trabajo industrial y agrícola, la diversificación de la economía regional, y la eliminación de los intercambios inútiles y dañinos, no estrictamente necesarios: “La economía política ha insistido hasta ahora principalmente en la división: nosotros proclamamos la integración, y sostenemos que el ideal de la sociedad, esto es, el estado hacia el cual marcha ésta, es una sociedad de trabajo integral, una sociedad en la cual cada individuo sea un productor de ambos, trabajo manual e intelectual” (Kropotkin, 1900?[1899]: 9-10). Este planteamiento ya lo venía sosteniendo desde 1888.

<sup>25</sup> Kropotkin veía en la propiedad privada y la política la causa de todas las injusticias y desigualdades. Una y otra eran sinónimos de la explotación y, por tanto, tenían que desaparecer si en verdad se quería alcanzar el “bienestar para todos”.

<sup>26</sup> Es importante no olvidar que, para Kropotkin, la libertad individual, entendida como valor supremo, no era concebible sin igualdad real, es decir, sin que antes hubieran desaparecido todas las desigualdades socioeconómicas. Libertad sí, pero igual para todos. Ello no tenía nada que ver con el *laissez faire* del liberalismo económico.

<sup>27</sup> Gracias a la cooperación se habían creado las condiciones mismas de la vida social, sin las cuales el hombre nunca hubiera podido desarrollar sus artes y oficios, su ciencia, su inteligencia y su espíritu creador: “¡Uníos! ¡Practicad la ayuda mutua! Es el medio más justo para garantizar la seguridad máxima tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para la existencia y el progreso físico, intelectual y moral” (Kropotkin, 2016 [1902]: 110-111).

y geógrafo): intentaba demostrar el alcance de este tipo de conducta (“inherente a la naturaleza humana”) que no había sido contemplado hasta entonces por los historiadores y economistas políticos, pese a haber sido responsable de lo mejor en la progresión histórica de la humanidad: “todo el progreso moral del género humano, si lo consideramos desde un punto de vista amplio, constituye una mera extensión gradual de los principios de la ayuda mutua” (Kropotkin, 2016[1902]: 271-272)<sup>28</sup>.

Kropotkin murió en 1921, dejando inconcluso el proyecto de publicar un gran estudio específico sobre ética, donde pretendía desarrollar con mayor extensión lo que había anticipado en *La moral anarquista* (1891) y *El apoyo mutuo* (1902). Trataba de responder a la cuestión clave de por qué habríamos de preferir nuestros instintos sociales a los egoístas (Girón, 2021: 27). Sin embargo, sólo apareció –póstuma e incompleta– la primera parte, *Ética: origen y evolución de la moral*<sup>29</sup>. En ella, simplemente revisaba algunas concepciones éticas y reiteraba su admiración por el planteamiento de Smith en la *TSM* (cap. X), lamentando de nuevo que hubiera sido eclipsado por la visión de la naturaleza humana contenida en la *RN*<sup>30</sup>.

#### 4. La recepción de *El apoyo mutuo* entre los economistas y científicos sociales

Doce años después de la publicación de *El apoyo mutuo* (1902), esta obra seguía sin tener eco entre la mayor parte de los economistas. Como reconocía el propio Kropotkin en el prefacio a la edición británica de 1914, el libro había empezado a encontrar cierto reconocimiento sobre todo entre los científicos naturales. Este era el caso, por ejemplo, del biólogo alemán afincado en Inglaterra Hermann Reinheimer, quien –en su libro *Evolution by Cooperation. A Study in Bio-Economics* (1913)– había defendido la importancia de la cooperación y la reciprocidad en el proceso evolutivo, en lugar de la “lucha por la existencia” (Hodgson, 1996: 384).

No obstante, como se verá a continuación, algunos economistas sí se refirieron de pasada a *El apoyo mutuo*. Los franceses Charles Gide y Charles Rist, por ejemplo, lo calificaron de “libro delicioso”. Al tratar el anarquismo en un extenso capítulo de su muy difundida *Histoire des doctrines économiques* (1909), reconocieron que también la colaboración era un instinto natural profundamente enraizado en la naturaleza humana, que llevaba a los hombres a buscar la asistencia de sus semejantes y a actuar en concierto con ellos para la conservación de la especie. El problema era que los gobiernos tendían a establecer restricciones al pleno desarrollo o expresión de dicho instinto de ayuda mutua<sup>31</sup>.

Por su parte, Alfred Marshall, en una breve nota final a uno de los apéndices de *Industry and Trade* (1919), elogió el libro de Kropotkin –calificándolo de “brillante”– al hacer referencia al predominio de los hábitos instintivos de apoyo mutuo entre vecinos en las primeras etapas de la civilización<sup>32</sup>.

Thorstein Veblen, coetáneo de Kropotkin, también reconoció que, al menos en términos históricos, el comportamiento cooperativo había sido importante. Veblen había sido pionero en intentar aplicar las ideas evolutivas a la economía, y frente a la idea de un agente económico individualista, egoísta y competitivo (propia de la teoría económica convencional), apostaba por un agente fruto de la evolución cultural, la cual se reflejaba a su vez en cambios en las instituciones<sup>33</sup>. Como en el caso de Kropotkin, para Veblen el comportamiento humano no estaba regido de forma innata por un instinto esencialmente competitivo. Según el norteamericano, en una primera etapa ancestral o salvaje, el comportamiento humano sí habría estado presidido por la ayuda mutua y la cooperación dirigidas a la supervivencia del grupo. Luego se habría pasado a otra etapa distinta, el barbarismo, caracterizada por las continuas guerras y el surgimiento de un excedente y una clase ociosa, donde la competencia y el propio interés habrían empezado a primar, tendiéndose más hacia una búsqueda de la supervivencia individual. Aunque esa preeminencia del propio interés se hubiera mantenido también en fases sucesivas, ello no significaba que no pudiera acabar produciéndose una vuelta al predominio de la cooperación.

En un sentido similar se expresaron otros científicos sociales. Cuando apareció *El apoyo mutuo*, el antropólogo Marcell Mauss, influido por el evolucionismo, inició sus investigaciones sobre la “forma arcaica de intercambio” que no se fundamentaba en un interés utilitarista. Así, en *Essai sur le don* (1925) sostuvo que el hombre no se había regido siempre por una motivación esencialmente egoísta, y que inicialmente las sociedades no habían descansado en primera instancia sobre el mercado o la compraventa, ni tampoco sobre el contrato, sino sobre lo que –rememorando a Kropotkin– llamaba “la triple obligación de dar, recibir y devolver”, un modo vida basado en el apoyo mutuo.

<sup>28</sup> Según el antropólogo Ashley Montagu (1952: 42), este libro fue la primera demostración documentada de la importancia de la cooperación y la solidaridad como factores de la evolución.

<sup>29</sup> La primera edición en castellano se realizó en 1924.

<sup>30</sup> Kropotkin celebró que Smith hubiera negado una moral derivada de lo sobrenatural o de la utilidad, y que la considerara el resultado del sentimiento de simpatía (asociado al hombre como ser social) unido a una aspiración de justicia. Criticó, sin embargo, la forma smithiana de entender la justicia como simple justicia de tribunales, y no como aspiración a la igualdad de derechos y preocupación por la injusticia social.

<sup>31</sup> Gide y Rist (1913: 632-633).

<sup>32</sup> Marshall (1920: 644), nota 471. “Los hábitos instintivos de ayuda mutua entre vecinos y de hostilidad común hacia los extraños, en las primeras etapas de la civilización, no parecen haber diferido mucho de los que prevalecen entre los animales inferiores” (Marshall, 1920: 429).

<sup>33</sup> Dugger (1984). Los estudiosos no han concretado conexiones académicas explícitas entre los escritos del autor ruso y los de Veblen, pero Hall y Kirdina-Chandler (2017: 560-563) consideran que podrían existir. Reconocen que no hay evidencias de interacción intelectual directa entre Kropotkin y Veblen, pero Veblen no citaba generalmente sus fuentes, y los años en los que absorbió sus amplias lecturas de autores europeos coinciden con el final del siglo XIX y el comienzo del XX, precisamente cuando las ideas –publicadas en inglés– de Kropotkin, exilado en Londres y ya bastante conocido, resultaban fácilmente accesibles. En cualquier caso, ambos pensadores se vieron muy influidos por la obra Darwin, se posicionaron claramente contra el social-darwinismo, y enfatizaron que la cooperación había conducido a grandes logros de las sociedades humanas en el pasado, pudiendo contribuir también a un futuro prometedor si volvía a cobrar relevancia social.

El húngaro Karl Polanyi ahondó en la misma línea que Mauss en *La gran transformación* (1944), una obra fraguada en el marco social e intelectual del difícil mundo de entreguerras. Polanyi compartía muchas de los puntos de vista de los institucionalistas (Stanfield, 1989), y, desde un enfoque de antropología económica e historia social, argumentó –recordando a Kropotkin<sup>34</sup>– que la economía de mercado, con su particular racionalidad, no era una forma económica natural, ni tampoco la consecuencia necesaria de una supuesta tendencia universal de los seres humanos al comercio, sino un producto histórico. No habían sido las motivaciones de lucro las que habían movido a los humanos a producir, sino las que tenían que ver con tres formas de integración de la actividad económica en la sociedad: reciprocidad, redistribución e intercambio.

Ya en los años cincuenta, el economista e historiador fabiano G.D.H. Cole, en su ensayo de historia de las ideas *Socialist Thought: Marxism and Anarchism, 1850-1890* (1954), se refirió expresamente y con cierta amplitud a la obra de Kropotkin. Para Cole (1954: 338-339), este autor no negaba la lucha por la existencia, aunque insistiera en que era sólo un aspecto de la naturaleza, pues por todas partes actuaba el principio opuesto –la ayuda mutua– que era una cualidad humana natural más potente que el egoísmo<sup>35</sup>. Cole subrayó asimismo el contraste entre lo moderado de los planteamientos económicos de Kropotkin y lo intransigente de sus posiciones políticas.

También en la década de los cincuenta, en una nota a pie de página de su gran obra póstuma, *History of Economic Analysis* (1954), Joseph A. Schumpeter expresó sintéticamente su opinión sobre el significado de la obra de Kropotkin<sup>36</sup>. Para el economista austriaco, sus ideas no formaban parte de la historia del análisis económico; entendida como historia de aquellos “avances” que habían contribuido a conformar la caja de herramientas analíticas de los economistas. Sin embargo, sí debían tomarse en cuenta dentro de la perspectiva más amplia de la historia de las doctrinas económicas, referidas a un contexto histórico concreto. En particular, las aportaciones de Kropotkin eran especialmente relevantes desde el punto de vista de la historia del pensamiento político y de la sociología del pensamiento económico.

En 1990, Elinor Ostrom –que recibiría el Nobel de economía en 2009– volvió a traer a primer plano el análisis de la cooperación con su libro *Governing the commons. The evolution of institutions for collective action*. Pero Ostrom –polítologa de formación– no partía de una visión de la naturaleza humana distinta de la de la economía convencional, sino que simplemente intentaba analizar en qué condiciones de “juego” era posible una gestión colectiva cooperativa de recursos con dificultades de exclusión y rivalidad en el consumo –tales como pesquerías de bajura o

acuiferos extensos–, sin que fuese necesario recurrir a su nacionalización o privatización para garantizar su conservación<sup>37</sup>.

Con el cambio de siglo, empezaron a aparecer trabajos de economía experimental y del comportamiento que sí planteaban abiertamente la posibilidad de que los agentes no estuvieran esencialmente movidos por el propio interés. Por ejemplo, la propia Ostrom reseñó elogiosamente el libro de Alexander J. Field *Altruistically Inclined?* (2001), que intentaba mostrar, con datos empíricos procedentes de diversos entornos sociales, que era posible el comportamiento altruista y la cooperación incluso en un juego tipo dilema del prisionero sin repetición. Es decir, podría haber altruismo incluso sin esperar reciprocidad en juegos que no se repiten en el tiempo. La razón podría estar en un cierto instinto natural unido a determinados aspectos culturales<sup>38</sup>.

Otro ejemplo significativo en la misma línea sería la obra colectiva *Moral Sentiments and Material Interests: The Foundations of Cooperation in Economic Life* (2005), donde el propio título indicaba la conexión con sus dos antecedentes intelectuales fundamentales: Smith y Kropotkin<sup>39</sup>. Este libro –en el que participó Ostrom y que recibió comentarios elogiosos por parte de autores como Daniel Kahneman o Kenneth Arrow– buscaba analizar el comportamiento cooperativo partiendo de experimentos empíricos, usando un vocabulario propio de la teoría de juegos y adoptando una perspectiva pluridisciplinar (economía, antropología evolutiva, biología humana, psicología social y sociología). Entre sus editores estaban tres expertos en economía del comportamiento –Herbert Gintis, Samuel Bowles y Ernst Fehr– críticos con la visión convencional, que considera la cooperación social como el resultado involuntario de agentes egoístas que buscan maximizar sus intereses materiales a largo plazo. De buena parte de los trabajos se derivaba una idea de reciprocidad fuerte como base de la cooperación, actuado los agentes –según las circunstancias– como una especie de altruistas castigadores o cooperadores condicionales.

## 5. Kropotkin y las concepciones económicas del anarquismo español

Kropotkin fue el autor anarquista más leído y citado en vida en España. Sus muchos folletos y libros estaban en todos los locales ácratas (centros de cultura y ateneos libertarios) junto a las obras de autores como Malato, Darwin, Büchner, Reclus, Proudhon, Marx, Zola o Tolstoi, entre otros. Los textos kropotkinianos,

<sup>34</sup> Para la relación Kropotkin-Polanyi, ver Knowles (2000: 41). Una visión crítica de Polanyi (en cuanto a fuentes e influencias) en Hejeebu y McCloskey (1999).

<sup>35</sup> Cole (1954: 351-352). Por otra parte, si había escasez para cubrir las necesidades básicas, era debido al sistema capitalista. Una vez desaparecido éste, aquella también desaparecería gracias a la tecnología y la cooperación (Cole, 1954: 352).

<sup>36</sup> Schumpeter (1954: 516), nota 106.

<sup>37</sup> Entre dichas condiciones estarían, por ejemplo, el tamaño del grupo de jugadores, la disponibilidad de información sobre la situación agregada del recurso, la capacidad de identificar “engaños”, la importancia de las sanciones, el tamaño de las recompensas por la no cooperación, la existencia de mecanismos de resolución de conflictos, etc.

<sup>38</sup> La teoría de juegos, usando el modelo convencional de elección racional en juegos tipo Dilema del Prisionero sin repetición, predice siempre la no-cooperación. La citada reseña de Ostrom apareció en *Journal of Interdisciplinary History*, Vol. 34, nº 1, pp. 63-64.

<sup>39</sup> Como Kropotkin en *El apoyo mutuo* (1902) hace un siglo, “encontramos evidencias convincentes de la fuerza de las predisposiciones conductuales humanas para actuar tanto generosa como recíprocamente, más que egoístamente, en muchas sociedades” (Fong, Bowles y Gintis, 2005: 296).

fundamentalmente dirigidos a las clases populares, fueron objeto de lecturas colectivas compartidas y resultaron muy comentados en medios afines<sup>40</sup>.

*El apoyo mutuo* se editó por primera vez en España en 1906, realizándose luego numerosas reediciones. En 1909 ya se habían vendido 20.000 ejemplares. Sin embargo, el libro de Kropotkin que mayor difusión alcanzó fue *La conquista del pan* (1892), con unos 50.000 ejemplares vendidos sólo en los primeros años del siglo XX. Se convirtió así en el gran texto de referencia dentro del movimiento obrero anarquista español de la época, en el que el activista ruso exponía sus ideas anarco-comunistas delineando “con persuasión los rasgos de la futura sociedad liberada” como utopía alcanzable (Oyón, 2014: 105). Pero ¿profundizaron los anarquistas españoles en las implicaciones económicas de la obra de Kropotkin, en su concepto de apoyo mutuo y en sus críticas a la economía convencional, o se limitaron simplemente a reproducir algunos de sus argumentos?

Para responder a esta cuestión, basta preguntarse si realmente existió un pensamiento económico original en el anarquismo español. En su libro sobre la ideología política del anarquismo, Álvarez Junco (1976: 56-61) alude a las contradicciones en las que incurrieron los autores españoles en determinadas cuestiones relacionadas con la economía política (como la libertad, el orden natural o la justicia). Además, al referirse al acercamiento de los anarquistas españoles a la llamada cuestión social, afirma que, en conjunto, no elaboraron una crítica original del capitalismo<sup>41</sup>. Las más de las veces sus análisis apenas rebasaban “los límites de lo ético-sentimental”. Eran, en unos casos, adaptaciones más o menos fieles de las tesis de Marx, y, en otros, repetición de tópicos bastante simples y manidos sobre la abundancia, la armonía natural, el progreso, la oposición capital-trabajo y la naturaleza del dinero, entre otros.

En la misma línea, Salvador Almenar y Javier Paniagua (1999: 611) argumentan que las ideas económicas constituyeron sólo “un aspecto parcial y secundario” dentro de las doctrinas de los anarquistas españoles, los cuales “dieron preeminencia a la crítica autoritaria y a la solidaridad humana como principios inspiradores del orden social, pero prestaron menos atención a la comprensión de la economía capitalista o a la formulación detallada de una organización alternativa”.

Sin embargo, ya en 1930 Joan Peiró, figura emblemática del tipo de militante autodidacta que aprendía a leer y escribir en la edad adulta, había realizado un lúcido diagnóstico al respecto. En su opinión, los autores anarquistas habían producido muy poco “sobre cuestiones económicas y sobre todos los problemas creados por las modernas manifestaciones del capitalismo industrialista y agrario”. Pero –además– esta escasa aportación, que en parte podría haberse subsanado “recurriendo a la producción de autores no anarquistas”, se había visto agravada por “la aversión a todo lo que no [fueran] letras anarquistas”. Si hubieran dudado, que es lo que deberían

haber hecho, “las bibliotecas no [habrían tenido] una librería homogénea, sino todo lo contrario, y al lado de los libros de un Reclus y un Kropotkin estarían los de Marx y Saint-Simon, y al lado de los volúmenes de los economistas socialistas –aceptados en su acepción verdadera– estarían los de un Adam Smith y un Henry George”<sup>42</sup>. Por tanto, Peiró concluía que los autores anarquistas españoles habían caído en el anquilosamiento intelectual. Además, criticaba su uso y abuso de estereotipos condenatorios del capitalismo y el estatismo, poniendo en evidencia su falta de reflexión e ideas originales.

Esto no quiere decir que no hubiera habido algunos debates económicos relevantes entre los anarquistas españoles, aunque fueran siempre reflejo de los sostenidos en el ámbito europeo y tomaran como base el pensamiento de los grandes autores anarquistas extranjeros, como el propio Kropotkin. Uno de los debates más destacados fue el que mantuvieron colectivistas y comunistas sobre la propiedad de los medios de producción y el sistema de retribución del trabajo en una sociedad libertaria. Los anarco-colectivistas, cuyas raíces intelectuales se encontraban en Bakunin y su discípulo James Guillaume, proponían la expropiación los medios de producción porque estimaban que la riqueza acumulada era patrimonio común, pero consideraban que cada cual debía recibir lo que le correspondiese según hubiese contribuido a la sociedad<sup>43</sup>. La propiedad de los medios de producción era, pues, colectiva, pero del trabajo desarrollado a partir de dichos medios derivaba un fruto individual. Este era un planteamiento cuya traducción práctica suscitaba muchos interrogantes. No obstante, en España predominaría el colectivismo hasta los primeros años de la década de 1890<sup>44</sup>.

<sup>42</sup> La cita procede de la reedición, en 1945, de *Problemas del sindicalismo y del anarquismo*, una recopilación de artículos de Peiró en *¡Despertad!* (Peiró, 1945[1930]: 27). Peiró, que junto con Pestaña firmó el llamado *Manifiesto de los Treinta* (1931), contaba con una de las bases teóricas más sólidas entre los dirigentes cenetistas (Paniagua, 1974: 177-178). Coetáneo y próximo a Peiró y Pestaña, fue el también anarco-sindicalista Marín Civera, autor del trabajo *La formación de la Economía Política*, publicado en 1930 por la revista que él mismo fundara, *Cuadernos de Cultura* (nº 5). En dicho trabajo, Civera trataba de establecer puentes entre el anarcosindicalismo y el marxismo, al que reconocía superioridad analítica. Gracias a su mediación, el periodista y ensayista catalán Santiago Valentín Camp publicó en 1932, en *Cuadernos de Cultura* (nº 67), una extensa biografía de Kropotkin, que se movía entre la fascinación por el personaje y el rechazo absoluto hacia sus planteamientos doctrinales. Más allá de un cierto simplismo teórico, en esos mismos años y en otra línea, el polemista Diego Abad de Santillán, que hasta entonces había defendido el “comunismo libertario” en su versión más purista, pasó a defender –en *El organismo económico de la revolución* (1936)– una planificación exhaustiva de una economía posrevolucionaria adaptada a una sociedad industrial contemporánea más compleja. Pero esto ya se sale del objetivo planteado.

<sup>43</sup> Basándose fundamentalmente en textos de uno de los más ortodoxos defensores del colectivismo, el tipógrafo Josep Lluas, Almenar y Paniagua (1999: 61) sostienen que los colectivistas estuvieron muy atentos al principio de productividad como criterio de justicia distributiva. Otro colectivista reconocido fue Ricardo Mella. Para las claves del debate entre comunistas libertarios y anarco-colectivistas en España, véase Girón (1999: 257-258).

<sup>44</sup> Sobre la influencia de Bakunin en el anarquismo español, véase Elorza (2013).

<sup>40</sup> *La Revista Blanca*, por ejemplo, disponía de varias secciones en las que se reseñaban obras destacadas, tanto de la ideología anarquista como de otras temáticas.

<sup>41</sup> Álvarez Junco (1976: 173-190).

La interpretación de los anarco-comunistas, por su parte, se fundaba en los textos de Kropotkin y Malatesta, y descansaba en dos supuestos básicos: primero, que la producción era social, resultado de un esfuerzo colectivo, y por tanto debía ser también de propiedad colectiva (al igual que los propios medios de producción); y, segundo, que el nivel de productividad alcanzado por el sistema económico ya permitía satisfacer todas las necesidades humanas básicas (tesis de la abundancia). En consecuencia, debía regir el principio de retribución según las necesidades, al margen del esfuerzo.

La polémica colectivismo-comunismo sobrevoló la celebración de los dos actos culturalmente más interesantes del anarquismo español de aquellos años, los “certámenes socialistas” de Reus (1885) y Barcelona (1889). En ambos resultó muy destacada la intervención del ingeniero industrial Fernando Tarrida del Mármol, un intelectual muy influido por Kropotkin –al que tradujo e introdujo en España– y amigo de Anselmo Lorenzo<sup>45</sup>. En concreto, en el certamen de Barcelona resultó premiado su ensayo “La teoría revolucionaria”, en el que hacía su particular aportación al debate doctrinario entre colectivistas y comunistas que tanto preocupaba al anarquismo por aquellos años: Tarrida planteaba la defensa de “la anarquía sin adjetivos”, dejando de lado las diferencias<sup>46</sup>. Es decir, lo importante era la revolución, que debería destruir todos los dogmas, ya fueran religiosos, políticos, sociales o económicos; luego, cada entidad simplemente adoptaría, en cada momento, los principios económicos que más le conviniesen<sup>47</sup>.

En el verano de 1890, Tarrida remitió una carta a la redacción del diario *La Révolte* insistiendo en la misma idea<sup>48</sup>. Exponía que el movimiento anarquista español interpretaba el desarrollo de una sociedad que hubiera llegado al anarquismo incidiendo en la defensa de la tolerancia, pues era la única base posible de convivencia entre los anarquistas de distintas tendencias. Recalcaba que no debían imponerse a nadie planes económicos preconcebidos, y que la preferencia por unas opciones económicas u otras debía ser algo “secundario”. Lo que de verdad importaba era alcanzar el ideal de la anarquía, sin ningún tipo de autoridad o imposición. Sin embargo, no

especificaba cómo se traduciría luego la “anarquía económica” en términos prácticos<sup>49</sup>.

En la misma línea que Kropotkin, Tarrida también criticaba con contundencia a la economía política clásica en su artículo “Economía política y economía acrática”, que se publicó en tres entregas en el periódico *Acracia* (1888), del que era redactor junto a José L. Pellicer y Anselmo Lorenzo<sup>50</sup>. Comenzaba negándole un carácter científico (“es la ciencia más inexacta de cuantas existen: ni el dictado de ciencia merece”). Rechazaba seguidamente la idea de que la economía pudiese plantear principios generales o generalizaciones a partir de la deducción (que él llamaba dogmas), y también que el propio interés fuera la motivación económica fundamental del individuo. Y acababa formulando una serie de juicios de valor sobre la economía convencional, a la que asociaba indefectiblemente –sin matizaciones ni distinguos– a injusticia, desconfianza, ambición y engaño. Finalmente, Tarrida contraponía la economía liberal a la futura “economía acrática”, que armonizaría la libertad individual con el equitativo reparto de derechos y deberes, garantizando el bienestar para todos los seres humanos, tal como aseguraba Kropotkin. Pero, según Tarrida, no cabía entrar en más detalles: la economía acrática era indeterminada por esencia y “no podía tomar la forma de un sistema cerrado”, siendo infinitas las soluciones organizativas posibles<sup>51</sup>.

El rechazo radical a la llamada economía política liberal en el mundo anarquista respondía, entre otras cosas, a que realmente no se tenía una idea clara de qué se trataba<sup>52</sup>. Pero dicho rechazo se debía también –y, sobre todo– a que, para los libertarios, era evidente que con la economía política se defendía la aborrecible sociedad capitalista (al igual que con la economía política marxista se defendía el igualmente aborrecible estatismo). Por ello, parece lógico que las relaciones entre economistas liberales y anarquistas españoles estuvieran presididas desde el principio por los desencuentros, tal como dejó patente en sus memorias Anselmo Lorenzo, que fue un miembro destacado de la sección madrileña de la FRE-AIT, creada en 1869<sup>53</sup>.

<sup>45</sup> Fue profesor de matemáticas y dirigió la Academia Politécnica de Barcelona. Escribió y tradujo mucho, e hizo de puente entre el anarquismo español y el europeo. Fue uno de los introductores en España de la teoría del apoyo mutuo antes de que se tradujera la obra del mismo título. Tras el Proceso de Montjuïc de 1896, decidió exiliarse en Francia, Bélgica y –finalmente– Gran Bretaña, donde estuvo en contacto con otros exiliados como Kropotkin, participando en su periódico *Freedom*.

<sup>46</sup> En este certamen también fue premiado Lluçà con dos accésits, uno de ellos por “Bases científicas en que se funda el colectivismo”. Según Gabriel (1979: 351), con la postura de Tarrida se alinearían luego jóvenes como Joan Montseny, Teresa Mañé, Pere Esteve o Anselmo Lorenzo, entre otros.

<sup>47</sup> Tarrida (1890).

<sup>48</sup> Dirigido por Jean Grave, este periódico fue creado en 1887 como continuación del diario anarquista fundado en Ginebra en 1879 por Kropotkin, Dumartheray y Herzig (con la ayuda de Reclus y el propio Jean Grave). En esta publicación tuvo también su reflejo la polémica entre los que propiciaban el colectivismo y los que defendían el comunismo libertario, que finalmente sería aceptado por los principales propagandistas anarquistas europeos desde principios de los años ochenta (en España, desde los noventa).

<sup>49</sup> Algo similar había sucedido con los socialistas utópicos –como Fourier, Cabet o Saint-Simon– a los que el propio Tarrida mencionaba en su artículo, pues estos se ocuparon de definir hasta los menores detalles político-sociales sus respectivos proyectos utópicos, pero no dijeron ni una sola palabra respecto a los “prosaicos” aspectos económicos de su funcionamiento.

<sup>50</sup> *Acracia* 3, n° 26 (febrero, 1888), p. 484; n° 27 (marzo, 1888), pp. 518-520; n° 28 (abril, 1888), p. 551.

<sup>51</sup> En la misma línea, Soledad Gustavo (seudónimo de Teresa Mañé, compañera de Juan Montseny) señaló años después: “los anarquistas no debemos ni podemos cerrar nuestro criterio en los estrechos moldes de un sistema económico” (*La Revista Blanca*, “Concepto de Acracia”, n° 107, 1 de diciembre de 1902).

<sup>52</sup> Como señaló el propio Kropotkin en diversas ocasiones, los primeros anarquistas eran obreros sin tiempo ni recursos y con escasa formación, que preferían actuar para cambiar el mundo antes que pararse a intentar interpretarlo. Eso no quiere decir, a juicio de Wigger (2014), que en la literatura anarquista sobre la producción económica no haya trabajos serios.

<sup>53</sup> La Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, dirigida por el economista liberal Luis María Pastor, celebraba reuniones en la Bolsa de Madrid abiertas al público, donde se hablaba sobre temas previamente anunciados y

Llegado el cambio de siglo, se había impuesto ya definitivamente entre los anarquistas españoles el comunismo libertario, del que Kropotkin había sido promotor principal<sup>54</sup>. Buena prueba de ello es que sus textos e ideas, directa e indirectamente, iban a estar muy presentes en *La Revista Blanca*, una de las publicaciones teóricas más relevantes del anarquismo español hasta su desaparición en 1905. Así, por ejemplo, el 1 de febrero de 1901 se daba a conocer un breve texto de Kropotkin titulado “La caricatura de la ciencia” (traducido por Anselmo Lorenzo), en el que este se lamentaba –una vez más– de que la hipótesis errónea del propio interés, tomada como base de la motivación humana, se hubiera acabado considerando por la economía como una especie de “ley” sobre la que construir todo un sistema interpretativo de la realidad; además, dicha hipótesis había terminado impregnando la visión de políticos, filósofos y biólogos, e incluso la de los propios marxistas. En los dos años siguientes, el citado texto serviría de base para sendos artículos de Federico Urales y Donato Luben, que reiterarían la visión crítica del autor ruso<sup>55</sup>.

Con *La Revista Blanca* puede considerarse que culminaba, en lo fundamental, la recepción e influencia de Kropotkin en el anarquismo español. Como se ha visto, más que un desarrollo de las implicaciones económicas de su obra –en particular de su teoría del apoyo mutuo– y de sus críticas a la economía

política, los anarquistas españoles se limitaron simplemente a reproducir algunos de sus principales argumentos, a menudo de forma parcial o muy superficial, sin ir más allá.

## 6. Conclusión

Piotr Kropotkin (1842-1921) unió en su persona facetas muy dispares a lo largo de su larga vida: príncipe de la rusia zarista de exquisita formación, nacido en una destacada familia de la aristocracia terrateniente; explorador, geógrafo y naturalista genuinamente interesado por las novedades científicas de su época; y activista revolucionario y teórico del anarco-comunismo que vivió un largo exilio de tres décadas en Londres. Todas estas facetas le sirvieron, de distinta manera, para desarrollar su pensamiento en sus diversas vertientes. En el caso concreto de su teoría del apoyo mutuo –pieza central de su ideario– fueron claves sus lecturas de Darwin y las observaciones que él mismo realizó durante sus expediciones a Siberia: la cooperación era un factor relevante del éxito adaptativo de las especies. Pero también fue fundamental el concepto de simpatía de la *Teoría de los Sentimientos Morales* de Adam Smith, que Kropotkin encontraba en abierta contradicción con la idea del propio interés que presidía la visión del agente económico en *La Riqueza de las Naciones*, el otro gran libro del escocés que puso los cimientos de la economía moderna.

Precisamente, la crítica de Kropotkin a la economía política se basaba, en buena medida, en el rechazo radical del egoísmo como motivación económica fundamental y de la lucha competitiva como tendencia innata de los seres humanos. Pero el ruso también rechazaba la idea de escasez esencial de los recursos disponibles para atender las necesidades básicas de la población (dadas las posibilidades técnicas existentes), así como el principio de la especialización funcional como deseable palanca de la riqueza (al que oponía la integración de actividades manuales e intelectuales, o industriales y agrícolas, en un marco descentralizado).

Los textos de Kropotkin tuvieron una amplia difusión entre finales de siglo XIX y comienzos del XX, y fueron relevantes en la reacción frente al llamado darwinismo social, que durante este periodo vivió una etapa de apogeo. Sin embargo, su reivindicación de la importancia del comportamiento cooperativo en economía –basado en la empatía y la reciprocidad– no tuvo prácticamente eco entre los economistas, que en el mejor de los casos sólo se refirieron a su obra de forma muy breve y episódica. No obstante, el comportamiento cooperativo así entendido, que sí interesó desde un principio a los sociólogos, parece haber empezado también a suscitar recientemente cierto interés en el ámbito de la economía experimental y del comportamiento.

Kropotkin fue con diferencia el autor más leído entre los anarquistas españoles. Sus obras se tradujeron con celeridad, se reeditaron en muchas ocasiones y circularon ampliamente en los círculos ácratas. Sin embargo, no hubo un desarrollo teórico a partir de sus ideas. Es decir, no se profundizó en las implicaciones económicas de su obra y –en particular– en su teoría del apoyo mutuo, ni tampoco se ahondó en sus críticas a la economía política como

---

en las que podía intervenir quien lo solicitase. Allí encontró un altavoz el reducido grupo de internacionalistas españoles para dar a conocer su ideario bakunista, defensor del colectivismo y el apoliticismo, bajo el lema “no existe verdadera economía sin justicia e igualdad social”. La esperada reacción del auditorio fue de sorpresa y desaprobación. Uno de los que se mostró más irritado y crítico fue el destacado economista liberal Gabriel Rodríguez, quien conminó a Lorenzo y su grupo a que, si querían hacer propaganda socialista, la hicieran “por su cuenta y a su costa”, y que él sería el primero en asistir (Lorenzo, sf [1901]: 63). Y eso fue exactamente lo que hicieron, convocando en 1871 una serie de conferencias en el Instituto San Isidro de Madrid, a las que invitaron a economistas ilustres como el propio Rodríguez (Lorenzo, sf [1901]: 162-174). Este se opuso en su disertación a los planteamientos obreristas, y explicó lo que era para él la economía social, la miseria, sus causas y sus consecuencias. La reacción del auditorio, ante los que consideraba “sofismas” liberales, fue de absoluto rechazo, pero Rodríguez reconocería tiempo después que las citadas conferencias, suspendidas en mayo, habían sido “un modelo de orden y tolerancia” (Fernández Clemente, 2002: 615-616).

<sup>54</sup> “El colectivismo, con su principio de alternativa respecto a los medios de producción, ha pasado a la historia”, escribió Mella (1911[1901]: XIV) en el prólogo a *La ciencia moderna y el anarquismo*.

<sup>55</sup> Urales (1902) señalaba que la economía no tenía propósitos de orden elevado y transcendental, y que había que centrarse –como aconsejaba Kropotkin– en estudiar primero las necesidades a satisfacer, para luego poder construir una organización social basada en un marco de libertad individual e igualdad de condiciones. Pero esto último era también incapaz de lograrlo el comunismo estatista tradicional, que sólo conducía a la “miseria organizada” y a la servidumbre del individuo. Por su parte, Luben (1903) –asiduo colaborador de la *La Revista Blanca* junto a Lorenzo, Tarrida, Mella o Montseny– partía también de Kropotkin para criticar a la economía: la acusaba de ser una pseudociencia basada en alambicados razonamientos lógicos y ristas de datos que le permitían justificar el *statu quo* de la explotación del trabajo en un marco salvajemente competitivo y de supuesta libertad de contratación. Además, la economía sólo se interesaba por la producción y el cambio, y no por la distribución equitativa ni por la degradación e incultura de los trabajadores.

disciplina. En general, los autores españoles –como Tarrida del Mármol– se limitaron a reproducir, de forma generalmente parcial y superficial, algunos de sus planteamientos. De hecho, las cuestiones económicas fueron muy secundarias en el anarquismo español, que no desarrolló un pensamiento económico original y limitó normalmente sus análisis críticos al terreno ético.

## Referencias bibliográficas

- Almenar, S., y Paniagua, J. (1999): “Las ideas económicas del anarquismo y los movimientos libertarios en España: un esquema”, en Fuentes Quintana, E. (dir.), *Economía y economistas españoles, Vol. 5*. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, pp. 611-622.
- Álvarez Junco, J. (1976): *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*. Madrid: Siglo XXI.
- Cappelletti, A.J. (1978): *El pensamiento de Kropotkin. Ciencia, ética y anarquía*. Madrid: Zero-Zyz.
- Cobos Arteaga, F. (2015): “Actualidad de Kropotkin. *La conquista del pan y El apoyo mutuo* en las sociedades postindustriales”, en Tarín, A. (coord.), *Miradas libertarias*. Madrid: Los libros de la Catarata, pp. 74-101.
- Coles, G.D.H. (1954): *A History of Socialist Thought. Volume II: Marxism and Anarchism, 1850-1890*. Londres: Macmillan.
- Doyal, L., y Gough, I. (1994): *Teoría de las necesidades humanas*. Barcelona: Icaria.
- Dugatkin, L.A. (2013): “Strange bedfellows: A Russian prince, a Scottish Economist, and the role of empathy in early theories for the evolution of cooperation”, *Journal of Experimental Zoology. Part B: Molecular and Developmental Evolution*, 320 (7), pp. 407-411.
- Dugger, M.W. (1984): “Veblen and Kropotkin on Human Evolution”, *Journal of Economic Issues*, 18 (4), pp. 971-985.
- Dupuis-Dèri, F. (2012): “Anarchism and Human Nature: Domination vs. Autonomy”, *Social Anarchism*, 45, pp. 41-52.
- Elorza, A. (2013): *Anarquismo y utopía. Bakunin y la revolución social en España (1868-1936)*. Madrid: Cinca.
- Fernández Clemente, E. (2002): “Gabriel Rodríguez: la libertad como imperativo ético”, *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, 79, pp. 597-636.
- Fong, C.M., Bowles, S., y Gintis, H. (2005): “Reciprocity and the Welfare State”, en Gintis, H., Bowles, S., Boyd, R., y Fehr, E. (eds.), *Moral Sentiments and Material Interests*. Cambridge (Mass.): MIT, pp. 277-302.
- Gabriel, P. (1979): “El anarquismo en España”, en Woodcock, G., *El anarquismo: historia de las ideas y movimientos libertarios*. Barcelona: Ariel, pp. 331-388.
- Gide, C., y Rist, C. (1915): *A History of Economic Doctrines*. Londres: George G. Harrop & Co. Ltd.
- Gintis, H., Bowles, S., Boyd, R., y Fehr, E. (2005): “Moral Sentiments and Material Interests: Origins, Evidence, and Consequences”, en Gintis, H., Bowles, S., Boyd, R., y Fehr, E. (eds.), *Moral Sentiments and Material Interests*. Cambridge (Mass.): MIT, pp. 3-40.
- Girón, A. (1999): “La economía moral de la naturaleza: darwinismo y lucha por la existencia en el anarquismo español (1882-1914)”, en Glick, T., Ruiz, R., y Puig-Samper, M.A. (coords.), *El darwinismo en España e Iberoamérica*. Madrid: Doce Calles-UNAM-CSIC, pp. 249-263.
- Girón, A. (2009): “Introducción histórica” a Kropotkin, P., *La selección natural y el apoyo mutuo*. Madrid: La Catarata-CSIC, pp. 7-40.
- Girón, A. (2021): “La ética de Kropotkin: historia de un testamento vital”, prólogo a Kropotkin, P., *Fijaos en la naturaleza. Ética, origen y evolución de la moral*. Logroño: Pepitas de Calabaza, pp. 7-30.
- Gould, S.J. (1988): “Kropotkin Was no Crackpor”, *Natural History*, 97 (7), pp. 12-21.
- Gunn, R. (2017): “A Defence of Adam Smith, from Chomsky and Kropotkin”, *Bella Caledonia*, 22.6.2017, Disponible en: <https://bellacaledonia.org.uk/2017/06/22/a-defence-of-adam-smith-from-chomsky-and-kropotkin/> (Acceso: 2023)
- Hall, J., y Kirdina-Chandler, S. (2017): “Towards an intellectual history of evolutionary economics: competition and struggle”, *Brasílian Journal of Political Economy*, 37 (3), pp. 551-564.
- Hartley, D. (1995): “Communitarian Anarchism and Human Nature”, *Anarchist Studies*, 3 (2), pp. 145-164.
- Hejeebu, S., y McCloskey, D. (1999): “The reproving of Kark Polanyi”, *Critical Review*, 13 (3-4), pp. 285-314.
- Hodgson, M.G. (1993): *Economics and Evolution: Bringing Life back into Economics*. Cambridge: Polity Press.
- Hodgson, M.G. (1996): “Varieties of Capitalism and Varieties of Economic Theory”, *Review of International Political Economy*, 3 (3), pp. 380-433.
- Hodgson, M.G. (2004): “Social Darwinism in Anglophone Academic Journals: A Contribution to the History of the Term”, *Journal of Historical Sociology*, 17 (4), pp. 228-463.
- Hodgson, M.G. (2014): “The evolution of morality and the end of economic man”, *Journal of Evolutionary Economics*, 24, pp. 83-106
- Johnson, E.M. (2019): *The Struggle for Coexistence: Peter Kropotkin and the Social Ecology of Science in Russia, Europe, and England, 1859-1922*. Tesis Doctoral, Vancouver: University of British Columbia.
- Kinna, R. (1995): “Kropotkin’s Theory of Mutual Aid in Historical Context”, *International Review of Social History*, 40, pp. 259-283.
- Kropotkin, P. (1887): “The scientific bases of anarchy”, *The Nineteenth Century*, XXI, pp. 238-258.
- Kropotkin, P. (1899): *Memorias de un revolucionario*. Buenos Aires y La Habana: Casas Editoriales (Maucci Hnos. e Hijos y José López Rodríguez).
- Kropotkin, P. (1911) [1901]: *La ciencia moderna y el anarquismo. El Terror en Rusia*. Valencia: F. Sempere y Cía.
- Kropotkin, P. (1970) [1896]: “Anarchism: Its Philosophy and Ideal”, en Balwin, R.N. (ed.), *Kropotkin’s Revolutionary Pamphlets*. New York: Dover Publications, pp. 114-144.
- Kropotkin, P. (2005) [1892]: *La conquista del pan*. Buenos Aires: Anarres.
- Kropotkin, P. (2012) [1902]: *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Kropotkin, P. (2017) [1891]: *La Moral Anarquista; seguida de Justicia y Moralidad*. Barcelona: El Viejo Topo.

- Laughlin, J.M. (2016): *Kropotkin and the anarchist intellectual tradition*. Londres: Pluto Press.
- Laurent, J., y Cockfield, G. (2007): "Adam Smith, Charles Darwin and moral sense", en Cockfield, G., Firth, A., y Laurent, J. (eds.), *New Perspectives on Adam Smith's the Theory of Moral Sentiments*. Cheltenham: Edward Elgar, pp. 141-162.
- Knowles, R. (2000): "Political Economy From Below: Communitarian Anarchism as a Neglected Discourse in Histories of Economic Thought", *History of Economics Review*, 31, pp. 30-47.
- Knowles, R. (2004): *Political Economy from Below. Economic Thought in Communitarian Anarchism, 1840-1914*. Londres: Routledge.
- Lorenzo, A. (s.f.) [1901]: *El proletariado militante. Memorias de un internacional*. Disponible en *Biblioteca Virtual Antorcha*: [http://www.antorcha.net/biblioteca\\_virtual/historia/proletariado/indice.html](http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/historia/proletariado/indice.html) (Acceso: 2023)
- Luben, D. (1903): "La ciencia de los economistas", *La Revista Blanca*, 120 (15 de julio), pp. 755-758.
- McKay, I. (2012): "Laying the Foundations Proudhon's Contribution to Anarchist Economics", en Shannon, D., Nocella II, A.J., y Asimakopoulos, J. (eds.), *The Accumulation Freedom. Writings on Anarchist Economics*. Edinburg-Oakland-Baltimore: AK Press, pp. 64-80.
- Marshall, A. (1920): *Industry and Trade*, 3ª ed. Londres: Macmillan.
- Montagu, A. (1952): *Darwin: Competition & Cooperation*. Nueva York: Schuman.
- Nussbaum, M.C. (2007): *Las fronteras de la justicia: consideraciones sobre la exclusión*. Barcelona: Paidós.
- Oyón, J.L. (2014): "Kropotkin y la comuna anarquista de *La Conquista del Pan*", *Urban*, 7, pp. 105-122.
- Paniagua, X. (1974): "La ideología económica de los anarquistas en Cataluña y el País Valenciano", *Saitabi: revista de la Facultat de Geografia i Història*, 24, pp. 151-179.
- Peiró, J. (1945) [1930]: *Problemas del sindicalismo y del anarquismo*. Toulouse: Ediciones Movimiento Libertario Español.
- Rodríguez Braun, C. (1997): "Estudio preliminar" a Smith, A., *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza, pp. 7-42.
- Rodríguez Braun, C. (2008): "Adam Smith", en *Diez Ensayos Liberales*. Madrid: LID Editorial, pp. 239-243.
- Roncaglia, A. (2011): *El mito de la mano invisible*. Zaragoza: Genuève Ediciones.
- Schumpeter, J.A. (1954): *History of Economic Analysis*. Nueva York: Oxford University Press.
- Sen, A.K. (2000): *Desarrollo y Libertad*. Barcelona: Planeta.
- Smith, A. (1997) [1759]: *Teoría de los Sentimientos Morales*. Madrid: Alianza.
- Stanfield, J.R. (1989): "Karl Polanyi and Contemporary Economic Thought", *Review of Social Economy*, 47 (3), pp. 266-279.
- Streeten, P. (1986): *Lo primero es lo primero: satisfacer las necesidades humanas básicas en los países en desarrollo*. Madrid: Tecnos.
- Tarrida del Màrmol, F. (1890): "La teoría revolucionaria", en *Segundo Certamen Socialista, celebrado en Barcelona el 10 de noviembre de 1889 en el Palacio de Bellas Artes*. Barcelona: Imp. Comunal La Tipográfica, pp. 48-53.
- Todes, D.P. (1987): "Darwin's Malthusian Metaphor and Russian Evolutionary Thought, 1859-1917", *Isis*, 78 (4), pp. 537-551.
- Urales, F. (1902): "Gumersindo Azcárate y la economía política", *La Revista Blanca*, 98 (15 de julio), pp. 33-40.
- Wigger, A. (2014): "A critical appraisal of what could be an anarchist political economy", *Ephemera. Theory and Politics in Organization*, 14 (4), pp. 737-749.